

campana, se cifraba en la primera batalla empeñada bajo los muros de Mons, entre el ejército de Dumouriez apoyado por el de Valence y sostenido por el de D'Harville, por una parte, y el ejército del duque de Sajonia-Teschen y de Clairfayt, por otra, acampado, fortificado y teniendo á la espalda una ciudad importante. Todo marchó desde aquel momento con rapidez y concierto hácia Mons, donde Bélgica debía ser conquistada ó perdida. Las miras de Dumouriez, claramente indicadas por la disposicion de sus cuerpos y por la marcha de sus columnas, habian sido conocidas por la prevision militar de Clairfayt. Este y el duque de Teschen, reunidos con una masa de treinta mil combatientes delante de Mons, habian tenido tiempo para escoger el terreno, designar el campo de batalla, apoderarse de las alturas, cerrar los desfiladeros, escarpar las pendientes y armar los reductos en los puntos por donde habia posibilidad de acercarse á ellos.

El campo de batalla, que de este modo habian cubierto de almenas y empalizadas, rodeado de barrancos, de canales y de riachuelos, como una inmensa plaza fuerte, es una cordillera de colinas con algunas pequeñas desigualdades en los puntos en que se reunen, y que se extiende á media legua de Mons. Esta línea de alturas está cubierta en su cumbre por un bosque. La villa de Jemmapes, colocada sobre las últimas gradas de aquella cadena de colinas, la termina por la derecha; á la izquierda se inclina y va descendiendo hácia la villa de Cuesmes. El espacio comprendido entre estas dos villas, de que los austriacos habian hecho dos ciudadelas, forma naturalmente dos ó tres ángulos entrantes, donde se habian colocado baterías para acribillar con fuegos cruzados las columnas que intentasen subir la cuesta.

Delante se extiende, como el estanque de un lago sin agua, un llano profundo, estrecho, y cuyas tierras bajas forman recodos y ensenadas entre los picos de las peñas que le rodean. Detras, y sobre todo por el lado de Jemmapes, la colina donde estaban el campamento y los reductos del ejército austriaco entra en un lagunal entrecortado de canales de desagüe, de charcos de agua estancada, de terreno blando que tiembla al andar por encima, y de juncos que forman cercas elevadas en las orillas de los fosos, y hacen imposible el acceso á la caballería y á la artillería. Cubierto por detras por este lagunal y por la ciudad de Mons, flanqueada su ala derecha por la villa de Jemmapes y la izquierda por la de Cuesmes, que toca á los arrabales de aquella gran ciudad cerrada, el ejército austriaco, teniendo delante y á sus piés sus baterías y sus reductos con ciento veinte piezas de artillería, y sus puestos avanzados fortificados en las últimas desigualdades del terreno que se adelantaban en el llano, nada podia temer sobre su línea de retirada y sobre sus flancos, teniendo sólo que combatir de frente á los franceses que avanzasen á descubierto bajo sus fuegos y en un estanque que rodeaba por todas partes. La pericia de los dos generales austriacos habia suplido al número por la formidable posicion de su ejército; la eleccion y la disposicion de este campo de batalla indicaban á Dumouriez que habia encontrado en Clairfayt un general digno de competir con él.

## XIV

El dia 5 de Noviembre, despues de haber desalojado á los austriacos el 3 y el 4 de algunos puestos avanzados que se adelantaban mucho en el camino y en

el llano, Dumouriez se desplegó sobre una inmensa línea convexa que se apoyaba por la izquierda en el pueblo de Quaregnon, que no habia podido tomar la víspera, y por la derecha en la aldea de Ciply, al pié de las alturas de Berthamont y del monte Palisel, que dominan un arrabal de Mons. Se colocó en el centro de aquella línea de batalla, á igual distancia de sus dos alas. D'Harville, que formaba el extremo de su ala derecha al pié del monte Palisel y casi bajo los muros de Mons, tenia orden de permanecer en observacion, y de aprovecharse del movimiento de retirada y de confusion que produciria el ataque de las tropas francesas al ejército austriaco, para apoderarse del camino de Mons y cerrarle las puertas de aquella ciudad, donde el duque de Sajonia-Teschen y Clairfayt contaban sin duda hallar un refugio. Beurnonville, á quien Dumouriez confió una vanguardia igual en número á un cuerpo de ejército, estaba encargado con lo mejor de sus tropas de entablar la accion, apoderándose y tomando el pueblo y la meseta fortificada de Cuesmes, á la izquierda de los austriacos. Cinco reductos habia en esta temible meseta; toda la línea enemiga entre Cuesmes y Jemmapes estaba igualmente amurallada con reductos sobrepuestos los unos á los otros, y cuyos fuegos se cruzaban, en caso de necesidad, por lienzos de pared hechos con árboles cortados y entrelazando con ellos las ramas, lo que hacía imposible que la caballería se acercase, y ménos la artillería, por barrancos que la azada habia ahondado más, y por casas aspilleradas desde donde los tiradores del Tirol, de certera puntería, podian hacer fuego con tranquilidad y á cubierto y diezmar las filas de nuestras columnas de ataque. Tan sólo en el centro, el lugar y el bosque de Flenu, colocados sobre un terraplen más ancho y ménos rápidamente inclinado, dejaban á la caballería francesa una garganta por donde podia pasar hasta el pié de la altura. El camino, interceptado sin embargo por la misma aldea de Flenu, estaba ademas obstruido de antemano por los escuadrones elegidos de la caballería austriaca. El anciano general Ferrand, recuerdo de Laufelt y de la guerra de los Siete años, pero que se rejuvenecia con el estruendo del cañon, mandaba el ala izquierda, situada poco más atras de la línea de batalla á causa de la aldea de Quaregnon, ocupada aún por una fuerte columna austriaca con artillería, delante de las alturas de Jemmapes.

El duque de Chartres, despues rey de los franceses, mandaba el centro á vista del general en jefe; era el más jóven de los tenientes de Dumouriez y el más favorecido por este general. Hubiera podido decirse que su jefe deseaba le iluminase un rayo de gloria para designarle á Francia y á un destino que el instinto político de Dumouriez entreveia á traves del humo de sus primeros campamentos.

El duque de Chartres debia emprender el movimiento para dar el último asalto por el centro inexpugnable de la posicion de los enemigos. Ferrand y Beurnonville debian tomar ántes uno de los dos extremos más accesibles de Jemmapes ó de Cuesmes; una ú otra de estas posiciones era la única puerta por donde el ejército frances podia desembocar en la meseta y acercarse de flanco ó rodear al ejército austriaco.

Dumouriez tomaba estas disposiciones rodeado de su estado mayor, arreglándose al mapa más bien que por la vista de los puntos. Las cercas, los bosques, los grandes árboles que hay en los límites de los campos y de los caminos en las tierras crasas de Bélgica, interceptaban todo el horizonte que podia descubrir el gene-

ral. Los cuerpos diseminados sobre una gran línea combinan sus movimientos á tientas, por decirlo así, y en una línea de batalla de extension inmensa, donde se combate por el ruido más que por la vista.

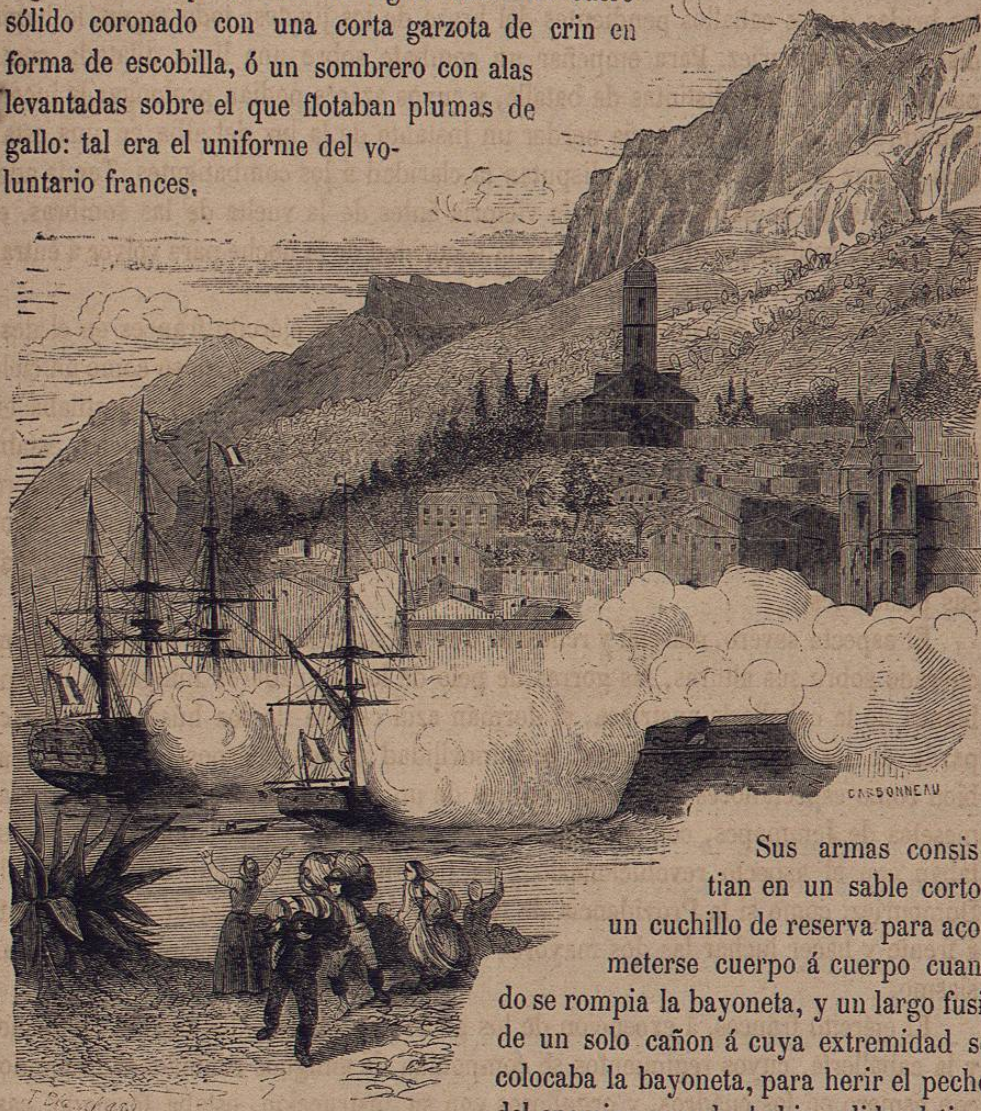
La noche ocultaba aquellos dos ejércitos cuando se distribuyeron estas diferentes órdenes á los tenientes de Dumouriez con todos sus pormenores. Muchos dragones ó húsares con hachas encendidas escoltaron por los caminos y los senderos á los ayudantes de campo y á los generales que volvian á sus vivacs para prepararse á la accion del dia siguiente. El ejército durmió formado en batalla, con mochila y sobre las armas, los artilleros al pié de sus cañones, éstos enganchados, y las bridas de los caballos pendientes del brazo de los jinetes; todo segun lo habia dispuesto Dumouriez. Para empeñar un combate sobre una línea dilatada compuesta de tres líneas distintas de batalla, y cuyos azares podian prolongar la incertidumbre, el general no queria perder un instante de la luz del alba en una estacion en que los dias tan cortos disputan la claridad á los combatientes. Temia además que, si no se habia decidido la victoria ántes de la vuelta de las sombras, el enemigo en retirada se aprovechase de la oscuridad de la noche para volver á entrar en Mons y eludir su persecucion.

Al rayar el dia se encontraba ya sobre las armas el ejército frances en el desigual terreno de Bélgica. El cielo estaba pardo, encapotado y lluvioso como un cielo de otoño en los climas del Norte; una niebla fría oscurecia el sol y destilaba en gotas de lluvia de los árboles. Habíanse recolectado las mieses, la tierra estaba desnuda, las hojas habian caído, y ninguna cubierta de frondosidad ó de verdura interceptaba la vista tan léjos como podia extenderse sobre las negras líneas de los batallones y de los escuadrones, que esperaban silenciosos la orden de abandonar sus posiciones.

El aspecto severo, marcial y reflexivo que presentaba el ejército enemigo atrincherado sobre sus alturas, las gorras de pelo de los granaderos húngaros, la capa blanca de la caballería austriaca, el dorman azul celeste de los húsares, la casaca parda de los cazadores tiroleses, la inmovilidad de los cuerpos, colocados más bien como espectadores que como autores de un combate sobre las crestas de las mesetas de Jemmapes, como si estuviesen en el glácis de una ciudadela, contrastaban con el aspecto revolucionario y la tumultuosa movilidad del ejército de Dumouriez, como si la Providencia de las naciones hubiese querido colocar frente á frente y hacer luchar las dos mayores fuerzas militares: la disciplina y el entusiasmo.

El ejército frances, á excepcion de los generales, envejecidos bajo el uniforme, y la caballería, cuyos regimientos se componian de antiguos soldados conservados con esmero en los cuadros, y orgullosos con su instruccion, estaba formado, casi en su totalidad, de voluntarios; los uniformes sencillos sólo ofrecian á la vista largas filas sombrías mal alineadas por oficiales bisoños, y manifestaban la inexperiencia de las maniobras en los soldados. Los zapatos de cuero grueso, los botines de paño negro abotonados hasta más arriba de la rodilla, que daban más ligereza á la marcha, apoyando y diseñando los músculos de la pierna; un calzon blanco, una casaca cuyos largos faldones, cortados en figura de ala de pájaro, llegaban á los talones; dos anchas correas de cuero blanco cruzadas en el pecho, y que servian la una para sostener la cartuchera, y la otra para ceñir el sable en el lado

izquierdo; otras dos correas parecidas, pero más estrechas, que pasaban por encima de los hombros y volvian á pasar inmediatamente debajo del sobaco, que servian para llevar la mochila de piel de cabra del soldado, como un cuévano de obrero; las solapas de la casaca de paño encarnado, formando como una gran mancha de sangre sobre el pecho; un collarin bajo para dejar libres los movimientos del cuello; el pelo largo, grasiento y empolvado, cubriendo como dos copos de melenas ambas orejas, y atado en la nuca con una cinta de hilo negro; y en fin, adornada la cabeza, segun los cuerpos, ó con un ligero casco de cuero sólido coronado con una corta garzota de crin en forma de escobilla, ó un sombrero con alas levantadas sobre el que flotaban plumas de gallo: tal era el uniforme del voluntario frances.



Bombardeo de Oneille.—Pág. 345.

Sus armas consistian en un sable corto, un cuchillo de reserva para acometerse cuerpo á cuerpo cuando se rompía la bayoneta, y un largo fusil de un solo cañon á cuya extremidad se colocaba la bayoneta, para herir el pecho del enemigo cuando habia salido el tiro. Casi toda la infantería llevaba este uniforme y armamento; los cazadores le disminuian algunas veces para estar más ligeros; los granaderos, esos gigantes de las líneas, aumentaban su elevada estatura con una enorme gorra cubierta de piel negra, cuyo pelo caía por delante sobre una placa de cobre dorada ó plateada; esta placa contenia en letras de realce el número del regimiento ó del batallon.

Las compañías de zapadores, gastadores é ingenieros militares, hombres escogidos por su robustez y estatura, llevaban, en vez de fusil de bayoneta, una ancha

hacha afilada y brillante con mango corto, apoyada en el hombro, con el corte al aire; arma igualmente á propósito para abrir paso al ejército que para destrozar miembros en el campo de batalla.

Los artilleros llevaban la casaca más corta, de colores más brillantes, y más adornos en el uniforme, las forrajeras de hilo de algodón color de escarlata rodeaban el brazo izquierdo, casco plateado en la cabeza y plumero encarnado.

La caballería, compuesta de gendarmes, carabineros, coraceros, dragones, cazadores y húsares, según la estatura de los soldados y la alzada de los caballos, brillaba sobre las alas de cada división. Estos, alimentados con los fuertes pastos del Norte, relinchaban y batían el suelo como deseosos de combatir. Los cañones crujendo sobre sus cureñas, seguidos de los furgones enganchados y rodeados de artilleros con la mecha en la mano, preparándose á servir las piezas, estaban acostados como troncos negros sobre las carretas de los leñadores. Por todas partes se levantaban las tiendas de los oficiales superiores, que eran las únicas que se habían desplegado aquella noche. Las filas de carruajes que llevaban el pan estaban colocadas á espaldas de los batallones. Los fuegos de los vivacs, rodeados de vivanderos y cantineras que distribuían aguardiente á las compañías, se iban apagando, y confundían sus últimas humaredas con las nieblas de la mañana. De tiempo en tiempo el ruido de alguna cureña sobre el pavimento de las anchas calzadas belgas, un sonido de trompetas ó una llamada de los tambores, anunciaba el movimiento de algunos cuerpos que mudaban lentamente de sitio para ir á tomar la posición asignada por la orden del general.

Tal era el aspecto de los terrenos fangosos del llano de Jemmapes en la mañana de la batalla. En cuanto á las disposiciones del ejército, podíanse leer fácilmente en el rostro de los voluntarios. No tenían aquel semblante intrépido y grave, aquella actitud inmóvil y marcial de un ejército consumado en las maniobras y en la disciplina, que da á los movimientos y á las fisonomías la uniformidad maquinal del mismo ademan y de la misma expresión. El orden se conservaba poco, el traje y las armas se llevaban con desigualdad, el silencio se interrumpía con frecuencia, se trataba con familiaridad á los jefes, y muchas veces se les faltaba al respeto por réplicas y burlas soldadescas. La edad, los modales, la fisonomía y el lenguaje de aquellos voluntarios eran diferentes; algunos eran adolescentes, apenas capaces de llevar el peso de cuarenta libras con que estaba cargado cada soldado sobre las armas; otros tocaban á la vejez y tenían el bigote blanco de los veteranos; el mayor número estaba entre las dos edades de veinte y cuarenta años. En lo delicado ó en lo tosco de las manos, en lo blanco ó en lo moreno del cutis, en la elegancia ó pesadez de los miembros, se veía que estos batallones no habían sido reclutados en la misma clase del pueblo, sino que todas las edades, todas las condiciones y todas las profesiones se hallaban allí confundidas y mezcladas; el hombre ocioso al lado del trabajador, el hijo del particular de las ciudades al lado del labrador, el rico al lado del pobre, y el noble al del plebeyo. Las fisonomías, tan diferentes como los hombres, sólo se parecían en la uniformidad del valor; se conocía que no estaban allí como máquinas que la ley de la disciplina y del reclutamiento afilia y forma en empalizadas vivas delante del enemigo, sino que habían corrido movidos por impulso espontáneo, repentino y voluntario; que la causa en cuya defensa marchaban, sufrían el hambre y el frío, era su causa personal; y

que en esta lucha de un pueblo contra Europa, era la victoria de su patriotismo y de sus ideas lo que cada uno de ellos quería conseguir.

Advertíase además en los rostros una movilidad inquieta, curiosa y agitada, que indicaba que aquellas tropas eran bisonas para el fuego y poco acostumbradas al ruido del cañón. Atentas á la escena, esperaban la batalla como un espectáculo, lo mismo que como un combate. Esta extrema sensibilidad de los rostros y del alma en los batallones inquietaba y aseguraba á la vez á los jefes; podía, según las impresiones de aquellos hombres, demasiado apasionados para permanecer con sangre fría, convertirse al empezar el fuego en un terror pánico ó en entusiasmo, y hacer de ellos masas de fugitivos ó batallones de héroes.

## XV

Dumouriez sólo había descansado algunas horas, con un sueño interrumpido por las relaciones de los ordenanzas, sobre un haz de paja extendido en su tienda. Recorria ya el frente de las líneas rodeado de un grupo de su estado mayor particular: Thouvenot, su jefe de estado mayor en realidad, oficial que apreciaba más que á todos los otros porque había sido el primero que en Sedan había comprendido y servido su gran pensamiento del Argonne; el duque de Chartres, á quien mostraba á sus soldados para acostumbrar la república á la vista de un príncipe; el joven duque de Montpensier, casi niño, hijo segundo del duque de Orleans, ayudante de campo de su hermano en Jemmapes: su valor precoz, su aspecto melancólico y su apasionada amistad por su hermano atraían las miradas y conmovían el corazón de los soldados; Moreton de Chabrilan, jefe de estado mayor honorario, valiente, pero turbulento y celoso; el joven Bautista Renard, que el general había agregado á su servicio siendo aún niño, y que desde la condición de criado se había elevado hasta la abnegación por su señor; y en fin, un grupo á caballo de cuatro oficiales de distintas edades, entre los que se notaban dos rostros femeninos. Su modestia, su color sonrosado y su gracia contrastaban, bajo el traje de oficiales de ordenanza, con las fisonomías varoniles de los guerreros que los rodeaban. Eran el capitán de guías de Dumouriez, Mr. de Fernig, habitante de la Flandes francesa; su hijo, teniente en el regimiento de Auxerrois, y sus dos hijas, á quienes la ternura por su padre y su pasión por la patria habían arrancado al abrigo de su sexo y de su edad, y llevado á los campamentos. El amor filial no les había dejado otro asilo.

Habían nacido en la aldea de Mortagne, en la frontera de Francia limítrofe de Bélgica. Hé aquí cómo les fué revelada su vocación.

En aquellos primeros tiempos de la guerra, los departamentos fronterizos se levantaban por sí mismos para cubrir el país. Francia sólo era un campamento, de que ellos se consideraban como los puntos avanzados. Además de los batallones que enviaban á Dumouriez, muchas compañías de voluntarios formadas de hombres casados, de viejos y de jóvenes casi niños, sin más ley que la salvación pública, sin otra organización que el patriotismo, sin otros jefes que los más valientes, salían de las ciudades, de las villas y de las aldeas, sorprendían los destacamentos enemigos, rechazaban la invasión de los puntos avanzados, y combatían contra los hulanos ligeros de Clairfayt. Hasta mujeres acompañaban á sus